

servir á su padre condimentado con el agua y la sal de sus bromas, antes que dejar de interesar ó divertir al público, al igual que el actor coloca las cenizas de su hijo en la urna llorando verdaderamente y que la querida lo sacrifica todo á su amigo.

—En fin, es el pueblo infolio—exclamó Blondet interrumpiendo á Vignón.

—El pueblo hipócrita y sin generosidad—repuso Vignón, —arrojará de su seno al talento, como Atenas desterró á Aristides. Veremos los periódicos, dirigidos al principio por hombres de honor, caer más tarde bajo el gobierno de los más medianos, que tendrán la paciencia y la cobardía elástica que falta á los grandes genios, ó de tenderos que tendrán dinero para comprar plumas. ¡Esto ya lo vemos nosotros! Pero dentro de diez años, el primer muchachuelo salido del colegio se creará un gran hombre, se subirá á la columna de un periódico para abofetear á sus antecesores y les tirará de los pies para hacerse sitio. ¡Napoleón tenía razón al amordazar á la prensa! Tengo la seguridad de que bajo un gobierno erigido por ellos, los periódicos de oposición atacarán á ese gobierno en el momento en que les negara la menor cosa, con las mismas razones y los mismos artículos que se escriben hoy contra el del rey. Cuantas más concesiones se hagan á los periodistas, más exigentes serán los periódicos. Los periodistas elevados serán sustituidos por otros hambrientos y pobres. La llaga es incurable; cada vez será más maligna, más insolente, y cuanto mayor sea el mal, más tolerado será, hasta el día que penetre la confusión en los periódicos por su abundancia, como en Babilonia. Todos sabemos, y somos muchos, que los periódicos excederán á los reyes en ingratitud y á los más sucios comercios en especulaciones y cálculos, y que devorarán nuestras inteligencias vendiendo todas las mañanas su ardor cerebral; pero escribiremos en ellos, como esas personas que explotan una mina de plata sabiendo que morirán allí. Mirad allá, al lado de Coralia, un hombre... ¿Cómo se llama? ¡Luciano! es guapo, poeta, y, lo que vale más para él, hombre inteligente; pues bien, entrará en uno de esos malos lugares del pensamiento llamados periódicos, depositará en él sus más hermosos pensamientos, secará su cerebro, corromperá su alma y cometerá esas bajezas anónimas que en la guerra de las ideas sustituyen á las

estratagemas, á los pillajes, á los incendios, á los cambios de casaca en la guerra de los *condottieri*. Cuando haya, al igual que otros mil, gastado parte de su talento en provecho de los accionistas, estos comerciantes de veneno le dejarán morir de hambre si tiene sed, y de sed si tiene hambre.

—Gracias—dijo Finot.

—Pero, Dios mío—dijo Claudio Vignón,—yo sabía eso, estoy en el presidio, y la llegada de un nuevo forzado me causa placer. Blondet y yo somos más fuertes que los señores tal y cual, que especulan con nuestro talento, y no obstante, siempre seremos explotados por ellos. Tenemos corazón bajo nuestra inteligencia y carecemos de las feroces cualidades del explotador. Somos perezosos, contemplativos, jugadores: ¡beberán nuestro cerebro y nos acusarán de informales!

—Creí que serían ustedes más divertidos—dijo Florina.

—Tiene razón Florina—dijo Blondet,—dejemos la cura de las enfermedades públicas á esos charlatanes llamados hombres de Estado. Digamos como Charlet: «¿Escupir sobre la vendimia? ¡Jamás!»

—¿Saben ustedes qué efecto me hace Vignón?—dijo Lousteau señalando á Luciano.—El de una mujer gruesa de la calle del Pelicano diciendo á un colegial: «Pequeño, eres demasiado joven para venir aquí».

La salida hizo gracia y gustó á Coralia. Los negociantes bebían y comían mientras escuchaban.

—¿Qué nación tan grande es aquella en la que se encuentra tanto bien y tanto mal!—dijo el ministro al duque de Rhetoré.—Señores, son ustedes unos prodigios que no pueden arruinarse.

De este modo, por la bendición del azar, ninguna enseñanza faltaba á Luciano en la pendiente del precipicio en que iba á caer. Arthez había colocado al poeta en la noble senda del trabajo, despertando el sentimiento ante el cual desaparecen los obstáculos. El mismo Lousteau había intentado alejarlo, con un pensamiento egoísta, pintándole el periodismo y la literatura con sus verdaderos colores. Luciano no había querido creer en tantas corrupciones ocultas; pero oía, por fin, á los periodistas quejándose de su mal, les veía trabajar abriendo el vientre á su nodriza para predecir el porvenir. Aquella noche vió las cosas tal como eran. En lu-



gar de horrorizarse al ver el corazón mismo de aquella corrupción parisiense tan bien calificada por Blucher, gozaba con embriaguez de aquella sociedad ingeniosa. A aquellos hombres extraordinarios cubiertos con la armadura damasquina de sus vicios y el casco brillante de su frío análisis, los encontraba superiores á los hombres graves y serios del cenáculo. Además, saboreaba las primeras delicias de la riqueza, estaba bajo el encanto del lujo y del imperio de la carne deliciosa; sus instintos caprichosos se despertaron, bebía por primera vez vinos refinados, trababa conocimiento con los platos exquisitos de la alta cocina; veía un ministro, un duque y su bailarina, mezclados con los periodistas, admirando su atroz poder; sintió un horrible deseo de dominar aquel mundo de reyes, y se encontraba con fuerzas para conseguirlo. Por último, á la luz de las bujías del festín, á través del humo de los platos y del ruido de la embriaguez, había examinado á aquella Coralía, á la que acababa de hacer feliz con unas frases, y le parecía sublime: ¡tan hermosa la hacía el amor! Por otra parte, aquella joven era la más bonita, la más hermosa de las actrices de París. El cenáculo, aquel nido de la inteligencia noble, tuvo que sucumbir ante una tentación tan completa. La vanidad particular de los autores acababa de verse halagada en Luciano por conocedores; había sido alabado por sus futuros rivales. El éxito de su artículo y la conquista de Coralía eran dos triunfos capaces de hacer perder la cabeza á hombres más sesudos. Durante aquella discusión, todo el mundo había comido muy bien y bebido más. Lousteau, que estaba sentado al lado de Camusot, le vertió á éste dos ó tres veces kirsch en su vino, sin que nadie se fijara, y estimuló su amor propio para hacerle beber. Aquella maniobra fué tan bien llevada, que el negociante no se apercibió de ella; se creía, en su género, tan malicioso como los periodistas. Las bromas acerbas empezaron en el momento en que las golosinas de los postres y el vino circularon. El diplomático, como hombre de talento, hizo una seña al duque y á la bailarina apenas se iniciaron las estupideces que anunciaban en aquellos hombres de talento las escenas grotescas con que terminan las orgías, y los tres desaparecieron. Apenas Camusot perdió la cabeza, Coralía y Luciano, que durante la cena se mantuvieron como enamorados de quince años, huyeron por las escaleras y se metieron en un fiacre. Como Camusot es-

taba debajo de la mesa, Matifat creyó que había desaparecido con la actriz; dejó á los convidados fumando, bebiendo, riendo y disputando, y siguió á Florina cuando fué á acostarse. El día sorprendió á los combatientes, ó mejor dicho, á Blondet, bebedor intrépido, el único que pudo hablar y que proponía á los dormidos un brindis á la aurora de dedos rosados.

Luciano no estaba acostumbrado á las orgías parisienses; aun gozaba de su razón cuando bajó las escaleras, pero el aire determinó su embriaguez, que fué repugnante. Coralía y su camarera se vieron obligadas á subir al poeta al primer piso de la hermosa casa que ocupaba la actriz en la calle Vendome. En la escalera, Luciano empezó á encontrarse mal, y mientras ascendía se puso innoblemente enfermo.

—Pronto, Berenice—exclamó Coralía,—¡te! ¡Haz te!

—No es nada, es el aire—decía Luciano.—Y además, nunca he bebido tanto.

—¡Pobre muchacho! es inocente como un cordero—dijo Berenice, gruesa normanda tan fea como Coralía guapa.

Por fin, Luciano fué colocado, sin darse cuenta, en el lecho de Coralía. Ayudada por Berenice, la actriz había desnudado, con el cuidado y el amor de una madre, á su poeta, que decía continuamente:

—¡No es nada! es el aire. Gracias, mamá.

—¡Qué bien dice mamá!—exclamó Coralía besándole en los cabellos.

—¡Qué placer es amar á semejante ángel, señorita! ¿Dónde lo ha pescado usted? No creía que pudiese existir un hombre tan guapo como usted es hermosa—dijo Berenice.

Luciano quería dormir, no sabía dónde estaba y no veía nada.

Coralía le hizo beber varias tazas de te, y después le dejó dormir.

—¡No nos ha visto la portera ni nadie?—dijo Coralía.

—No, era yo quien la esperaba á usted.

—¿No sabe nada Victoria?

—No, señorita—dijo Berenice.

Diez horas después, á eso del mediodía, Luciano se despertó y se encontró con los ojos de Coralía, que le había estado contemplando dormido. El poeta comprendió aquello. La actriz llevaba aún puesta su hermosa bata, abomina-



blemente manchada, y de la que iba á hacer una reliquia. Luciano conoció las abnegaciones, las delicadezas del amor verdadero, que reclamaba su recompensa, y miró á Coralia. Esta se desnudó en un santiamén, y se deslizó como una culebra al lado de Luciano. A las cinco de la tarde, el poeta dormía mecido por voluptuosidades divinas, había entrevisto la habitación de la actriz, una deslumbradora creación del lujo, toda de blanco y rosa, un mundo de maravillas y de coquetones refinamientos que excedían á lo que Luciano había admirado ya en casa de Florina. Coralia estaba levantada. Para representar su papel de andaluza, tenía que estar á las siete en el teatro. Había contemplado una vez más á su poeta dormido de placer, y se había embriagado sin saciarse de aquel noble amor, que juntaba los sentidos y el corazón para exaltarlos. Esa divinización, que permite ser dos aquí abajo para sentir y uno solo en el cielo para amar, era su absolución. Por otra parte, ¿á quién no le hubiera servido de disculpa la belleza sobrehumana de Luciano? Arrodillada ante aquel lecho, feliz con su amor, la actriz se sentía santificada. Aquellas delicias fueron turbadas por Berenice.

—Ha llegado Camusot, y sabe que está usted aquí—gritó.

Luciano se levantó, pensando, con generosidad innata, en no perjudicar á Coralia. Berenice apartó una cortina. Luciano entró en un delicioso gabinete tocador, al que Berenice y su señora llevaron, con una rapidez inaudita, la ropa de Luciano. Cuando el negociante apareció, las botas del poeta hirieron la vista de Coralia; Berenice las había puesto ante el fuego para calentarlas, después de haberlas lustrado secretamente. La criada y la señora habían olvidado aquellas botas acusadoras. Berenice se fué, después de haber cambiado una mirada inquieta con su señora. Coralia se sumió en un sillón, y dijo á Camusot que se sentara en una mecedora, enfrente de ella. El buen hombre, que adoraba á Coralia, miraba las botas y no se atrevía á levantar la vista hacia su querida.

—¿Debo enfadarme y dejar á Coralia por un par de botas? Esto sería enfadarse por muy poco. En todas partes hay botas. Estas estarían mejor colocadas en el escaparate de un zapatero, ó en los bulevares paseándose en los pies de un hombre. Sin embargo, aquí, sin pies, dicen muchas co-

sas contrarias á la fidelidad. Tengo cincuenta años, es verdad; debo, pues, ser ciego como el amor.

Este monólogo cobarde no tenía excusa. El par de botas no era de esas en uso hoy día, ni de las que, hasta cierto punto, un hombre distraído podría dejar de ver; eran, como exigía la moda de entonces, un par de botas muy elegantes, y con bellotas, que relucían en unos pantalones casi siempre de color claro, y en las que se reflejaban los objetos como en un espejo. Así, pues, las botas herían los ojos del honrado comerciante en sedas, y, digámoslo, le destrozaban el corazón.

—¿Qué tiene usted?—le dijo Coralia.

—Nada—respondió.

—Llame usted—dijo Coralia sonriendo, al ver la cobardía de Camusot.—Berenice—le dijo á la criada cuando ésta se presentó,—téngame dispuestos unos corchetes para ponerme otra vez esas malditas botas. No se olvide de llevarmelas al palco esta noche.

—¿Cómo!... ¿sus botas?...—dijo Camusot, que respiró más á gusto.

—¡Eh! ¿qué cree usted, pues?—preguntó ella con tono altanero.—Animalote, no creerá usted... ¡Oh! ¡lo creería!—le dijo á Berenice.—Hago un papel de hombre en la obra de Chose, y nunca me he vestido de hombre. El zapatero del teatro me ha traído esas botas para que aprenda á andar con ellas, hasta que me traiga el par del que me ha tomado medida; me las he puesto, pero me molestaban tanto, que me las he quitado, y, sin embargo, tengo que ponérmelas.

—No se las ponga si le molestan—dijo Camusot, á quien tanto habían atormentado las botas.

—Más le valdría á la señorita, en vez de martirizarse como hace poco—dijo Berenice,—¡lloraba, señor! ¡y si yo fuese hombre, no consentiría que llorase la mujer que yo amase! Mejor haría en llevarlas de tafete bien fino. Pero ¡es tan ladrona la empresa!... Señor, usted debería ir á encargarle...

—Sí, sí—dijo el negociante.—¿Se levanta usted?—le dijo á Coralia.

—En seguida; he venido á las seis de la mañana, después de haberle buscado á usted por todas partes; me ha obligado á esperarle en el fiacre durante siete horas. ¡Esas son sus atenciones! olvidarme por unas botellas. Tengo que cui-



darme, porque voy á representar todas las noches, mientras *El Alcalde* dé dinero. ¡No quiero dar un mentís al artículo de ese joven!

—Es muy guapo ese muchacho—dijo Camusot.

—¿Cree usted? No me gustan esos hombres, se parecen demasiado á una mujer; y, además, no saben amar como ustedes, los viejos animales del comercio. ¡Se aburren ustedes tanto!

—¿Come el señor con la señora?—preguntó Berenice.

—No, tengo el estómago cargado.

—¿Cómo se emborrachó usted ayer! ¡Ah! papá Camusot, le advierto que no me gustan los borrachos...

—Le harás un regalo á ese joven—dijo el comerciante.

—¡Ah! sí, prefiero pagarles así, que no hacer lo que *Florina*. Vamos, mala raza que una quiere, váyase, ó tráigame un coche para que pueda llegar á la hora.

—Mañana lo mandaré, para comer con el empresario en el *Rocher de Cancale*. No pondrán la obra nueva el domingo.

—Venga, voy á comer—dijo *Coralia* llevándose á Camusot.

Una hora después, Luciano fué libertado por Berenice, la compañera de infancia de *Coralia*, una criatura tan lista, tan astuta como corpulenta.

—Quédese aquí, *Coralia* vendrá sola, hasta quiere despedir á Camusot si le molesta á usted—dijo Berenice á Luciano;—pero, querido niño mimado de ella, es usted demasiado bueno para arruinarla. Ella me lo ha dicho, está decidida á no continuar como hasta ahora, á salir de este paraíso para habitar la buhardilla de usted. ¡Oh! ¡pues no le han explicado los envidiosos que no tenía usted dónde caerse muerto, y que vivía en el barrio latino! Mire usted, yo le seguiría, cuidaría la casa. Pero he consolado á la pobre niña. ¿Verdad, señor, que es usted demasiado listo para cometer semejante tontería? ¡Ah! ya habrá visto que el otro no tiene más que el cadáver, y que usted es el querido, el amado, la divinidad á la que se entrega el alma. ¡Si viera usted lo gentil que está *Coralia* cuando le hago repetir los papeles! ¡es una niña encantadora! Ya se merecía que Dios le enviase uno de sus ángeles, porque estaba disgustada de la vida. ¡Ha sido tan desgraciada con su madre, que la golpeaba, que la ha vendido! ¡Sí, señor, una madre á su propia

hija! Si yo tuviese una hija, la serviría lo mismo que á mi pequeña *Coralia*, á la que quiero como á una hija. Esta es la única época buena que la he visto, la primera vez que ha sido muy aplaudida. Parece que, en vista de lo que usted ha escrito, han montado una claqué famosa para la segunda representación. Mientras usted dormía, ha venido *Braulard* á trabajar con ella.

—¿Quién es *Braulard*?—preguntó Luciano, que creía haber oído otra vez ese nombre.

—El jefe de la claqué, con quien, de común acuerdo, han convenido los pasajes del papel en que será aplaudida. Aunque se dice amiga suya, *Florina* podría hacerle alguna mala pasada, y quererlo todo para ella. El bulevar entero está revuelto á causa del artículo de usted. ¡Qué cama arreglada para los amores de un príncipe!...—dijo poniendo en la cama un cubrepiés de encaje.

Encendió las velas. A su resplandor, Luciano, aturdido, se creyó, en efecto, en un palacio de hadas. Las más ricas telas del *Capullo de Oro* habían sido escogidas por Camusot para hacer juego con la tapicería y las cortinas de las ventanas. El poeta caminaba sobre una alfombra regia. El palisandro retenía en los tallados de las esculturas relámpagos de luz que revoloteaban en ellos. La chimenea, de mármol blanco, brillaba con las más costosas chucherías. El descenso de la cama figuraba un cisne bordado en marta. Unas zapatillas de terciopelo negro, forradas de seda color púrpura, hablaban de los placeres que esperaban allí al poeta de las *Margaritas*. Una lámpara deliciosa colgaba del techo tendido de seda. Por todas partes, jardineras maravillosas mostraban flores escogidas, preciosos brezos blancos, camelias sin perfume. En todo se veían las imágenes de la inocencia. ¿Cómo imaginarse allí una actriz y las costumbres del teatro? Berenice notó el asombro de Luciano.

—¿Es bonito?—le dijo con voz acariciadora.—¿No estará usted aquí mejor para amar, que en un granero? Impídale usted que lleve á cabo su idea—continuó, poniendo delante de Luciano un velador magnífico cargado de platos sustraídos de la comida de su señora, con objeto de que la cocinera no pudiera sospechar la presencia de un amante.

Luciano comió muy bien, servido por Berenice en una vajilla de plata esculpida, en platos pintados á un luis la pieza. Aquel lujo obraba en su alma como obra una mujer



de la vida alegre con sus carnes desnudas y sus medias blancas bien sujetas por las ligas.

—¡Qué feliz es ese Camusot!—exclamó.

—¡Feliz?—repuso Berenice.—¡Ah! daría su fortuna por estar en el lugar de usted y por cambiar sus viejos cabellos grises por la cabellera rubia de usted.

Convenció á Luciano, al que dió el vino más delicioso que Burdeos ha podido cosechar para el inglés más rico, de que se acostara para esperar á Coralia, y éste lo hizo gustoso, porque tenía ganas de tenderse sobre aquella cama que tanto admiraba. Berenice, que había leído aquel deseo en los ojos del poeta, se felicitaba de ello por su señora. A las diez y media de la noche, Luciano se despertó ante una mirada impregnada de amor. Coralia estaba enfrente de él, con el más delicioso tocado de noche. Luciano había dormido. Ya no estaba borracho más que de amor. Berenice se retiró preguntando:

—¿A qué hora llamo mañana?

—A las once; nos traerás el almuerzo á la cama. No estaré para nadie antes de las dos de la tarde.

A esta hora del día siguiente, la actriz y su amante estaban vestidos y enfrente uno de otro, como si el poeta hubiese ido á hacer una visita á su prometida. Coralia había bañado, peinado y vestido á Luciano; había enviado á buscar para él doce camisas, doce corbatas y doce pañuelos á casa de Colliau, y una docena de guantes en una caja de cedro. Cuando oyó el ruido de un coche parándose ante su casa, se precipitó á la ventana con Luciano. Ambos vieron descender á Camusot de un magnífico cupé.

—No creía que se pudiese odiar tanto á un hombre y al lujo...—dijo ella.

—Soy demasiado pobre para consentir que usted se arruine—dijo Luciano pasando de aquel modo por las horcas caudinas.

—¡Pobre gatito mío!—dijo ella estrechando á Luciano contra su corazón—¿me amas, pues, mucho? Había comprometido al señor—dijo á Camusot señalándole á Luciano—para que viniera á verme esta mañana, pensando que iríamos á pasear á los Campos Elíseos para probar el coche.

—Vayan ustedes solos—dijo tristemente Camusot,—no como con ustedes, es el santo de mi mujer, lo había olvidado.

—¡Pobre Musot! ¡cómo te vas á aburrir!—le dijo al negociante saltándole al cuello.

Estaba loca de alegría pensando que estrenaría sola con Luciano aquel magnífico cupé, que iría sola con él al bosque; y, en su transporte, pareció amar á Camusot, al que hizo mil caricias.

—Quisiera poder darle á usted un coche todos los días—dijo el pobre hombre.

—Vamos, señor, son las dos—dijo la actriz á Luciano, que estaba avergonzado, y al que consoló con un gesto adorable.

Coralia saltó las escaleras llevándose consigo á Luciano, que oyó al negociante arrastrarse tras ellos como una foca, sin poder alcanzarles. El poeta experimentó el más embriagador de los goces: Coralia, á la que la felicidad hacía sublime, ofreció á todas las miradas deslumbradas un vestido lleno de gusto y de elegancia. El París de los Campos Elíseos admiró á aquellos dos amantes. En una avenida del bosque de Bolonia, su cupé encontróse con la calesa de las señoras de Espard y de Bargetón, que miraron á Luciano con asombro, pero á las que él lanzó la mirada despreciativa del poeta que presiente su gloria y va á usar de su poder. El momento en que, al cambiar una mirada con aquellas dos mujeres, surgieron los pensamientos de venganza que ellas habían hecho nacer en el corazón para roerlo, fué uno de los más dulces de su vida, y decidió tal vez de su destino. Luciano se sintió presa de las furias del orgullo: quiere reaparecer en el mundo, tomar de él una revancha soñada, y todas las miserias sociales, antaño holladas por los pies del trabajador, del amigo del cenáculo, penetraron en su alma. Entonces comprendió el alcance del ataque hecho para él por Lousteau: éste acababa de servir á sus pasiones; mientras que el cenáculo, aquel mentor colectivo, parecía arbolarse en provecho de las virtudes enojosas y de trabajos que Luciano comenzada á encontrar inútiles. ¡Trabajar! ¿no es esto la muerte para las almas sedientas de goces? Por ello, ¡con qué facilidad se deslizan los escritores en el *far niente*, en la buena carne y en las delicias de la vida lujosa de las actrices y de las mujeres fáciles! Luciano sintió un irresistible deseo de continuar la vida de aquellos dos días locos. La comida en el Rocher de Cancale fué exquisita. Luciano encontró á los convidados de Florina,



menos al ministro, al duque, á la bailarina y á Camusot, sustituidos por dos actores célebres y por Héctor Merlín acompañado de su querida, una mujer deliciosa que se hacía llamar señora del Val-Noble, la más hermosa y más elegante de las mujeres que componían á la sazón en París el mundo excepcional, una de esas mujeres que hoy día se llaman decentemente *lorettes*. Luciano, que hacía cuarenta y ocho horas que vivía en un paraíso, supo el éxito de su artículo. Al verse agasajado, envidiado, el poeta recobró su aplomo: su ingenio chispeó, fué el Luciano de Rubempré que brilló durante varios meses en la literatura y en el mundo artístico. Finot, aquel hombre excepcionalmente diestro para adivinar el talento, y que olfateaba como olfatea un ogro la carne fresca, mimó á Luciano intentando alistarlo en el escuadrón de periodistas que mandaba. Luciano fué seducido por aquellos halagos. Coralia observó el manejo de aquel consumidor de ingenio, y quiso poner á Luciano en guardia contra él.

—No te comprometas, querido mío—le dijo á su poeta; —espera, quieren explotarte, ya hablaremos de eso esta noche.

—¡Bah!—le contestó Luciano—me siento bastante fuerte para ser tan malo y tan astuto como ellos.

Finot, que sin duda no había reñido con los blancos por Héctor Merlín, presentó Luciano á Merlín y Merlín á Luciano. Coralia y la señora del Val-Noble fraternizaron, se colmaron de caricias y de obsequios. La señora del Val-Noble invitó á comer á Luciano y á Coralia. Héctor Merlín, el más peligroso de los periodistas presentes en aquella comida, era un hombrecito seco, de labios fruncidos, excesivamente ambicioso, infinitamente envidioso, que se alegraba de todas las desgracias que veía, que se aprovechaba de las divisiones que fomentaba, de mucho talento, poca voluntad, pero sustituyendo ésta por el instinto que lleva á los advenedizos hacia los lugares iluminados por el oro y el poder. Luciano y él se fueron mutuamente antipáticos. No es difícil explicar la causa. Merlín tuvo la desgracia de decir en voz alta lo que Luciano pensaba en voz baja. A los postres, los más apretados lazos de amistad parecían unir á aquellos hombres, que todos se creían superiores el uno al otro. Luciano, el recién llegado, era objeto preferente de sus coquetearías. Se hablaba con toda franqueza. Sólo Héctor

Merlín no reía. Luciano le preguntó la causa de su seriedad.

—Porque le veo entrar á usted con ilusiones en el mundo literario y periodístico. Cree usted en los amigos. Nosotros somos todos amigos ó enemigos, según las circunstancias. Somos los primeros en herirnos con el arma que sólo debería servir para herir á los demás. Pronto notará usted serle imposible obtener nada con bellos sentimientos. Si es usted bueno, hágase malo. Sea rencoroso por cálculo. Si no le ha dicho á usted nadie esta ley suprema, se la confío yo, y crea que no le habré hecho un mediano servicio con ello. Si quiere usted ser amado, no deje nunca á su querida sin haberla hecho llorar un poco; para hacer fortuna en la literatura, hiera siempre á la sociedad, hasta á sus amigos, haga llorar á los amores propios: todo el mundo le acariciará entonces.

Héctor Merlín sonrió al ver, por el aspecto de Luciano, que sus palabras penetraban en el neófito como entra la hoja de un puñal en el corazón. Se jugó. Luciano perdió cuanto llevaba. Coralia se lo llevó consigo, y las delicias del amor le hicieron olvidar las terribles emociones del juego, que más tarde hallaría en él una de sus víctimas. Al día siguiente, al salir de casa de ella, y yendo al barrio latino, encontró en su bolsa el dinero que había perdido. De momento le entristeció aquella acción, quiso volver á casa de la actriz y devolverle un dinero que le humillaba; pero estaba ya en la calle de la Harpe y continuó su camino hacia el hotel Cluny. Mientras andaba, pensó en aquel cuidado de Coralia, y vió en él una prueba del amor maternal que esa especie de mujeres ponen en sus pasiones. En ellas, la pasión disculpa todos los sentimientos. De idea en idea, Luciano acabó por hallar una razón para aceptar, diciéndose:

—¡La amo, viviremos juntos como marido y mujer, y no la abandonaré nunca!

A menos de ser un Diógenes, ¿quién no comprendería las sensaciones de Luciano al subir la escalera sucia y mal oliente de su hotel, al hacer crujir la cerradura de su puerta, al ver el suelo sucio y la lastimosa chimenea de su cuarto, horrible de miseria y de desnudez? Encontró sobre su mesa el manuscrito de su novela y este escrito de Arthez:

«Nuestros compañeros están casi contentos de su obra, querido poeta. Dicen que puede usted presentarla con más



confianza á sus amigos y enemigos. Hemos leído su encantador artículo acerca del Panorama Dramático, y debe usted excitar tanta envidia entre los literatos como pena en nosotros.

»DANIEL.»

—¡Penal! ¿qué quiere decir?—exclamó Luciano sorprendido del tono político que se traslucía en aquella carta. ¿Era, pues, un extraño para el cenáculo? Después de haber devorado los frutos deliciosos que le tendió la Eva de bastidores, tenía aún en más estima el cariño y la amistad de sus amigos de la calle de los Cuatro Vientos. Durante algunos instantes permaneció sumido en una meditación que abarcaba su presente en aquel cuarto y su porvenir en el de Coralia. Presa de vacilaciones alternativamente honrosas y denigrantes, sentóse y púsose á examinar el estado en que le devolvían sus amigos su obra. ¡Qué asombro el suyo! De capítulo en capítulo, la pluma hábil y abnegada de aquellos grandes hombres desconocidos aún, había trocado sus pobreza en riquezas. Un diálogo lleno, nutrido, conciso, nervioso, reemplazó á sus conversaciones, que entonces comprendió él que no eran más que charlatanería comparadas con relaciones que respiraban el espíritu de la época. Sus retratos, algo flojos de dibujo, habían sido vigorosamente realzados y coloreados. Todos estaban unidos á los curiosos fenómenos de la vida humana por observaciones fisiológicas hechas sin duda por Bianchón, expresadas con delicadeza, y que les daban vida. Sus descripciones difusas se habían tornado substanciales y animadas. Había dado un niño contrahecho, mal vestido, y encontraba una joven deliciosa con bata blanca, cinturón, encajes color rosa, una creación deslumbradora. La noche le sorprendió con los ojos llenos de lágrimas, aterrado de aquella grandeza, comprendiendo el valor de una lección semejante, admirando aquellas correcciones que le enseñaban más literatura y arte que sus cuatro años de lecturas, de composiciones y de estudios. El retoque de un dibujo mal concebido, un trazo magistral en lo vivo, enseñan siempre más que las teorías y las observaciones.

—¡Qué amigos! ¡qué corazones!—exclamó estrechando contra sí el manuscrito.

Llevado del impulso propio de las naturalezas poéticas y volubles, corrió á casa de Daniel. Al subir la escalera, se

creyó, no obstante, menos digno de aquellos corazones á los que nada podía desviar del camino del honor. Una voz interior le decía que si Daniel hubiese amado á Coralia, no la habría aceptado con Camusot. Conocía también el profundo horror que sentía el cenáculo por los periodistas, y él era ya algo periodista. Encontró á sus amigos, menos á Meyraux, sumidos en una desesperación pintada en todos los semblantes.

—¿Qué tienen, amigos míos?—dijo Luciano.

—Acabamos de saber una horrible catástrofe: el mayor talento de nuestra época, nuestro amigo más querido, aquel que por espacio de dos años ha sido nuestra guía...

—¡Luis Lambert!—dijo Luciano.

—Está en un estado cataléptico que no ofrece ninguna esperanza—dijo Bianchón.

—Morirá con el cuerpo insensible y la cabeza en los cielos—añadió solemnemente Miguel Chrestién.

—Morirá como ha vivido—dijo de Arthez.

—El amor, arrojado como un fuego en el vasto imperio de su cerebro, le ha incendiado—dijo León Giraud.

—Sí—dijo José Bridau;—le ha exaltado hasta un punto en el que todos perdemos de vista.

—Nosotros somos los dignos de lástimas—dijo Fulgencio Ridal.

—Tal vez cure—dijo Luciano.

—Después de lo que nos ha dicho Meyraux, la cura es imposible—respondió Bianchón.—Su cabeza está llena de fenómenos sobre los que la medicina no tiene ningún poder...

—Sin embargo, hay remedios...—dijo de Arthez.

—Sí—dijo Bianchón,—no está más que cataléptico, podemos ponerlo imbécil.

—¡Y no poder ofrecer al genio del mal una cabeza en lugar de esa! ¡Yo daría la mía, lo juro!—dijo Miguel Chrestién.

—¿Y qué sería de la federación europea?—dijo de Arthez.

—¡Ah! es verdad—repuso Miguel Chrestién,—antes que ser hombre, se pertenece á la humanidad.

—Venía aquí con el corazón lleno de agradecimiento hacia todos ustedes—dijo Luciano.—Han cambiado mi ochavo en un luis de oro.

—¡Agradecimiento! ¿por quiénes nos tomas?—dijo Bianchón.



—El placer ha sido nuestro—dijo Fulgencio.

—Bien, ¡ya és usted periodista!—le dijo León Giraud.—El ruido de su debut ha llegado hasta el barrio latino.

—Todavía no—respondió Luciano.

—¡Ah! ¡ojalá!—dijo Miguel Chrestién.

—Ya se lo decía yo á ustedes—continuó Arthez.—Luciano tiene uno de esos corazones que conocen el valor de una conciencia pura. ¿No es un gran alivio colocar por la noche la cabeza en la almohada pudiendo decirse: «No he juzgado las obras ajenas, no he causado pena á nadie, mi talento no ha herido como con un puñal el alma de ningún inocente; mi burla no ha inmolado ninguna dicha, ni siquiera turbado la estupidez feliz, no he importunado injustamente al genio; he desdeñado los fáciles triunfos del epigrama, y finalmente, no he hecho nunca traición á mis convicciones?»

—Pero—dijo Luciano,—creo que se puede ser así, aunque se escriba en un periódico. Si no tuviese absolutamente más que ese medio de vivir, tendría que recurrir á él.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—dijo Fulgencio subiendo de tono á cada exclamación,—capitulamos.

—Será periodista—dijo gravemente León Giraud.—¡Ah! Luciano, si quisieras serlo con nosotros, que vamos á publicar un periódico en el que la verdad y la justicia no serán ultrajadas nunca, en el que difundiremos las doctrinas útiles á la humanidad, tal vez...

—No tendrán ustedes ni un suscriptor—replicó maquívelicamente Luciano interrumpiendo á León.

—Tendrán quinientos que valdrán por quinientos mil—respondió Miguel Chrestién.

—Necesitaréis mucho capital—dijo Luciano.

—No—dijo Arthez,—nada más que abnegación.

—Parece la tienda de un perfumista—exclamó Miguel Chrestién oliendo con gesto cómico la cabeza de Luciano.—Te han visto en un coche espléndido tirado por caballos de *dandy*, con una querida de príncipe, con Coralía.

—Bien—dijo Luciano,—¿y qué mal hay en eso?

—Dices eso como si lo hubiera—le dijo Bianchón.

—Yo hubiese querido para Luciano una Beatriz—dijo de Arthez,—una noble mujer que le hubiese sostenido en la vida...

—Pero, Daniel, ¿acaso no es igual en todas partes el amor?—dijo el poeta.

—¡Ah!—dijo el republicano,—en eso soy aristócrata. Yo no podría querer á una mujer á la que besa el actor en las mejillas en presencia del público, una mujer tuteada en los bastidores, que se inclina ante un público y le sonrío, que baila levantando las faldas y que se viste de hombre para enseñar lo que yo solo quiero ver. Si yo amase á una mujer semejante, ella dejaría el teatro y la purificaría con mi amor.

—¿Y si no pudiese dejar el teatro?

—Me moriría de pena, de celos, de mil males. No se puede arrancar el amor del corazón como se arranca una muela.

Luciano quedóse sombrío y pensativo.

—Cuando sepan que sufro á Camusot, me despreciarán—se dijo.

—Mira—le dijo el feroz republicano con horrible bondad,—podrías ser un gran escritor, pero nunca serás más que un mal autor de comedias.

Y cogió el sombrero y se fué.

—Miguel Chrestién es duro—dijo el poeta.

—Duro y saludable, como las tenazas del dentista—dijo Bianchón.

De Arthez estuvo con Luciano suave y consolador, é intentó levantarlo. Al cabo de una hora, el poeta dejó el cenáculo, atormentado por su conciencia, que le gritaba: «¡Serás periodista!» como la bruja gritó á Macbeth: «¡Serás rey!» Ya en la calle, contempló las ventanas del paciente de Arthez, iluminadas por una luz débil, y fuése á su casa con el corazón contristado y el espíritu inquieto. Una especie de presentimiento le decía que había sido estrechado contra el corazón de sus verdaderos amigos por última vez. Al entrar en la calle de Cluny por la plaza de la Sorbona, vió el coche de Coralía. Por ver á su poeta un momento, para decirle nada más que «buenas noches», la actriz franqueó el espacio del bulevar del Temple á la Sorbona. Luciano encontró á su querida anegada en lágrimas ante el aspecto de su buhardilla; quería ser miserable como su amante, lloraba arreglando las camisas, los guantes, las corbatas y los pañuelos en la horrible consola del hotel. Aquella desesperación era tan verdadera, tan grande, expresaba tanto amor, que Luciano, á quien le habían reprochado por tener una actriz, vió en Coralía una santa dispuesta á ponerse el siliicio de la miseria. Para ir, aquella adorable criatura había



dado el pretexto de que tenía que advertir á su amigo que la sociedad Camusot, Coralia y Luciano devolvían la cena á la sociedad Matifat, Florina y Lousteau, y preguntar á Luciano si tenía que hacer alguna invitación que le conviniere. Luciano le contestó que hablaría de ello con Lousteau. Después de unos momentos, la actriz se marchó, ocultando á Luciano que Camusot la esperaba abajo. Al día siguiente, á las ocho, Luciano fué á casa de Lousteau, y como no le hallase allí, corrió á casa de Florina. El periodista y la actriz recibieron á su amigo en el bonito dormitorio en que se habían establecido maritalmente, y los tres almorzaron espléndidamente.

—Pero, querido—le dijo Lousteau cuando estuvieron sentados á la mesa y Luciano hubo hablado de la cena que pensaba dar Coralia,—te aconsejo que vengas conmigo á ver á Feliciano Vernou, que le invites, y que te unas á él cuanto puede uno unirse con semejante granuja. Tal vez Feliciano te dé entrada en un periódico político en el que hace el folletín y en el que podrás progresar á tus anchas con grandes artículos en la primera plana. Como el nuestro, ese periódico pertenece al partido liberal, es decir, al partido popular; además, si quisieras pasarte al lado ministerial, entrarías en él con tantas más ventajas cuanto que te habrás hecho temer. Héctor Merlin y su señora del Val-Noble, á cuya casa van algunos grandes señores, los jóvenes elegantes y los millonarios ¿no os han invitado á comer á ti y á Coralia?

—Sí—respondió Luciano,—y también á ti y á Florina. En la borrachera del viernes y la comida del domingo, Luciano y Lousteau habían llegado á tutearse.

—Pues bien, encontraremos á Merlin en el periódico, es un muchacho que seguirá á Finot de cerca; harás bien en acariciarle, en ponerle en la cena al lado de tu querida; acaso te sea útil antes de poco, pues las personas rencorosas necesitan de todo el mundo, y te hará favores para contar con tu pluma cuando la necesite.

—El debut de usted ha causado bastante sensación para que no encuentre ningún obstáculo—dijo Florina á Luciano,—apresúrese á aprovecharse de él, pues de otro modo sería olvidado en seguida.

—¡El negocio—repuso Lousteau,—el gran negocio, ya está consumado! Ese Finot, un hombre sin ningún talento,

es director y redactor jefe del periódico semanal de Dauriat, propietario de una sexta parte que no le cuesta nada, y tiene seiscientos francos de sueldo al mes. Desde esta mañana, querido, soy redactor jefe de nuestro periodiquillo. Todo ha pasado como ya lo presumí la otra noche. Florina ha estado soberbia, daría quince y raya al príncipe de Talleyrand.

—Nosotras tenemos cogidos á los hombres por el placer—dijo Florina,—y los diplomáticos los tienen cogidos por el amor propio; los diplomáticos les ven hacer posturas, y nosotras les vemos hacer tonterías; así, pues, somos las más fuertes.

—En conclusión—dijo Lousteau,—que Matifat ha hecho la única frase que pronunciará en su vida de droguero. Ha dicho: «¡El asunto entra en mi comercio!»

—Sospecho que se la ha apuntado Florina—dijo Luciano.

—Así, pues, querido—continuó Lousteau,—te viene el asunto de perilla.

—Usted ha nacido de pie—dijo Florina.—¡Cuántos jóvenes vemos *drogueando* por París durante años enteros, sin que consigan insertar un artículo en un periódico! Con usted habrá sucedido como con Emilio Blondet. Dentro de seis meses le veré á usted ocupando una gran posición—añadió.

—¿No hace ya tres años que estoy en París—dijo Lousteau,—y desde ayer únicamente Finot me da trescientos francos de sueldo al mes por mi cargo de redactor jefe y me paga á diez francos la columna y cien francos la hoja en su periódico semanal?

—¡Qué! ¿no dice usted nada?—dijo Florina mirando á Luciano.

—Ya veremos—contestó el poeta.

—Querido—respondió Lousteau picado,—lo he arreglado todo para ti como si fueses un hermano mío; pero no te respondo de Finot. Este se verá asediado por sesenta granujas que dentro de dos días irán á hacerle proposiciones de rebaja. Yo he prometido por ti, tú te negarás, si quieres. No dudes de tu suerte—continuó el periodista después de una pausa.—Formarás parte de una pandilla cuyos camaradas atacan á sus enemigos en varios periódicos y se sirven mutuamente.

—Vamos primero á ver á Feliciano Vernou—dijo Lu-